

EL PEQUEÑO HANS, HOY

María Luisa Siquier García (º1)

Un niño se confronta con lo real de la diferencia. En la historia del Psicoanálisis, ese niño se llama Hans. Todas sus preguntas se articulan en torno del saber sobre el sexo. Contienen la teoría sexual de Freud y, entre otras muchas cuestiones, su descubrimiento de la importancia de la sexualidad infantil. Ha concluido ya el período de la exploración del Inconsciente en sus obras sobre el sueño, la psicopatología de la vida cotidiana y el chiste. El tema es ahora la sexualidad y el complejo de Edipo. Es una etapa de plena teorización y búsqueda de correlatos mediante comprobaciones clínicas, esencialmente para la defensa, ante el mundo científico de la época, de sus descubrimientos revolucionarios.

La versión mítica de lo que podemos llamar el nacimiento del Psicoanálisis de Niños es, en un tiempo inaugural, un modo indirecto de constatación y localización del niño en el universo discursivo de los pacientes adultos. Por supuesto, la histórica, generosa en sus reminiscencias, brindó un amplio material. Podemos considerar a Hans un primer paso en la dirección de incluir al niño en la práctica misma, aunque por la vía de la mediación de un adulto, su padre. Luego, un segundo momento de confrontación del campo y apropiación del mismo, en la disputa histórica que protagonizaron A. Freud y M. Klein. Un tercer tiempo incluye a Winnicott y Lacan, a través de sus discípulos F. Doltó y M. Mannoni.

En este tránsito histórico, el niño, de objeto de la clínica, pasa a constituirse en sujeto de la misma. ¿Es la posición del adulto en relación al deseo, al fantasma, al síntoma, a la transferencia, semejante a la del niño? Yo no lo creo, y esto pone en cuestión la existencia de una especificidad en lo que llamamos Psicoanálisis de niños, lo cual es diferente de objetar la práctica misma y su eficacia, que día tras día muestra su valor. La interrogación, entonces, hace a los términos conceptuales, del problema. Los comienzos del Psicoanálisis de niños coinciden con un intenso debate acerca de la formación del analista, y con los primeros intentos de institucionalizar su formación. El debate que atraviesa la correspondencia entre Freud y Pfister (1909 a 1939) se centra en la relación entre psicoanálisis y pedagogía, el análisis de niños lo retomará y debatirá en otros términos. Nunca fue sencillo, tratándose de las neurosis, deslindar el lugar del analista, que ha dejado sitio para una serie de falsas opciones, como la definición médico-profano, surgida en la institucionalización del Psicoanálisis y no suficientemente reflexionada y profundizada. Curiosamente, los psicoanalistas de niños quedaron eximidos de la formación médica. Es posible que esta revolución guardara relación con la ferviente defensa que había hecho Freud del análisis profano y del nexo poco claro entre la educación de los niños apoyada en el Psicoanálisis, la pedagogía de orientación analítica u los alcances del Psicoanálisis infantil. Esto imprimió al Psicoanálisis de niños, desde sus comienzos,

(1) Psicóloga – Psicoanalista

ciertas marcas que lo hicieron diferente y que irán dibujando la silueta de una especificidad, con matices reivindicativos, de defensa del carácter analítico de la práctica y, sobre todo, de la no diferencia esencial entre Psicoanálisis de niños y adultos. Demanda de legitimidad que insiste aún hoy, y que remite a las primeras inscripciones de la práctica psicoanalítica con niños, en el discurso que le antecede y le posibilita. Aunque se discutiera acerca de las pautas educativas o de los valores culturales que el Psicoanálisis puede suponer, con las causas de las neurosis, aunque la observación directa de los niños corrobore las teorías sexuales infantiles, aunque Juanito revelara a Freud el carácter típico de la neurosis infantil, existió una gran distancia entre las explicitaciones y los niños como destinatarios de la cura analítica.

Es la distancia que media entre la neurosis infantil, como supuesto lugar de origen, y los mismos niños a analizar, la del niño como confirmación empírica de la validez de un concepto teórico y el niño como paciente, la distancia que sostiene la lógica de la relación fundante de la clínica freudiana. Los niños sueñan, relatan fantasías diurnas, juegan, dibujan, producciones que suponemos homólogas a las de un adulto en tratamiento. En los escritos de los pioneros de los actuales analistas de niños, leemos que los analistas de adultos se desconciertan cuando están frente a un niño, y que el análisis infantil es una de las aplicaciones más difíciles de la técnica analítica. El Psicoanálisis de niños aparece entonces como recorte, jurisdicción que lleva a dos direcciones prácticas que, al institucionalizarse, generan la necesidad de establecer sólidas bases teóricas, además de normas y técnicas, que lo reconocen diferente del analista a secas.

La otra dirección es la que sustenta que, en la infancia, existen trastornos, dificultades y patología que validarán la intervención del Psicoanálisis. La pregunta que surge es ¿es posible un Psicoanálisis de niños sin Anna Freud, M. Klein, M. Mannoni, F. Doltó, Winnicott, A. Aberastuy, por citar a los que más lo marcaron? En la obra de Freud, el niño es, fundamentalmente, una construcción: la de la neurosis infantil, producida en el análisis de un paciente adulto, el heredero del narcisismo parental, “his majesty the baby”, el lugar teórico del origen, el saber de la sexualidad infantil, el lugar de inscripción de las trazas que, a posteriori, revelarán sus efectos, el representante privilegiado de la circulación del falo, en la serie de equivalencias simbólicas, función filial dentro del circuito edípico.

No es lo mismo concebir al niño como lo que completa al adulto, que pensarlo como incompleto, insuficiente e inmaduro, donde el adulto es la medida de lo que le falta al niño para completarse, o lugar de origen de pulsiones que seguirán un desarrollo autónomo, o alguien absolutamente descentrado de sus deseos, puro efecto del discurso parental, en el entrecruzamiento de distintas líneas genealógicas. El niño ocupa un lugar de privilegio en el imaginario del adulto, y ese lugar se enfatiza en las distintas corrientes psicoanalíticas, pero las cuestiones se reflejan más en la experiencia que en las reflexiones teóricas.

El saber acumulativo sustituye respuestas a preguntas como las correspondientes al diagnóstico, la transferencia, la relación con los padres, la relación con otras instituciones, etc. Se absorbe y confunde con observaciones provenientes de la Psicología Evolutiva, la Psicología del Aprendizaje, la Psiquiatría, y así se diluye el objetivo.

El niño, definido como perverso polimorfo en lo pulsional, también es polimorfo en sus medios de expresión, y la primacía del lenguaje verbal no está en él asentada, como suele serlo en la adolescencia. El descubrimiento freudiano de la asociación libre hubo de ser reformulado, dado que el aparato psíquico no es un sistema atemporal, y según cuándo lo abordemos exige variaciones de procedimiento. Pero vale la pena señalar que ni el juego, ni el dibujo, son traducibles por entero a lo verbal, y por eso no pueden ser atendidos en sus especificaciones más recónditas, valiéndose de la palabra como referente privilegiado. Lo que nos hace humanos es hablar y convertirnos en un ser de deseo, pero debemos respetar el rechazo del niño por la palabra, que no debe ser una manifestación para complacernos, como cuando juega o dibuja, porque todavía no puede hablar. Interpretar es dejar que los propios interesados nos enseñen a hablar como niño y como bebé.

Hay analistas que lograron ser bebés sabios, de ahí la eficacia particular de sus palabras. Algunas afiladas como bisturís cortan el cordón umbilical, otras como agujas zurcen la identidad y otras tensas como resortes remiten al deseo. Parecidas a las que utilizan los niños cuando no son sus mismas palabras, traducen por ellas los movimientos gráficos de sus dibujos, de sus movimientos manuales en la plastilina o los de sus cuerpos en la sesión. Todas estas expresiones están lastradas con fragmentos corporales adecuados, que componen la gran lengua de fondo del inconsciente. Transmiten un fragmento de experiencia vivida, reaniman la lengua infantil escondida en cada uno, aunque parezca caída en desuso. En psicoanálisis no existe ninguna criptografía de interpretación a priori y es necesario aprender los elementos del léxico básico de cada niño. Como efecto de estructura, el niño está preso, en posición de dependencia frente al adulto. Al niño no se lo puede curar de la presencia de los padres, sólo se le podrá ayudar a cambiar su posición subjetiva, ubicándole de manera distinta frente a la castración y al deseo del Otro.

La presencia de los padres es otro elemento importante de sus especificidades. El analista es aquél a quien se dirigen los padres y el niño, después de fracasos, sinsabores, claudicación, heridas narcisísticas, aquél en el que se puede confiar, pero también al que se puede utilizar como juez, fiscal o defensor, en un juicio en el que suelen atizarse viejas y nuevas querellas personales. Su difícil tarea será la de no dejarse aprisionar por estos límites y ayudarlos a articular su demanda, incluyéndoles puntualmente en el tratamiento del niño. La intervención del analista varía desde promover el despliegue del saber inconsciente hasta los límites del acto, teniendo en cuenta que el eje debe pasar por no olvidar jamás el sufrimiento del niño. El analista de niños debe cumplir su regla de abstinencia. Se sale de ella cuando queda atrapado en múltiples manipulaciones, por ejemplo la de mantener secretos inconfesables e inconfesados. Su trabajo consistirá no sólo en

hablar de la verdad no dicha, sino de dar tiempo para elaborar duelos y heridas narcisísticas, de cuyos efectos da cuenta la clínica.

Pensar teórica y clínicamente, el Psicoanálisis de niños es interrogarse por la diferencia adulto-niño. Si ésta es sólo aceptada desde un saber abarcativo, que la niegue o la reste especificidad, también se negarán, reprimirán o desplazarán los interrogantes fundamentales de esta diferencia con un saber que la encubre y la revela al mismo tiempo. El grupo de analistas de niños es un grupo minoritario y, como tal, expuesto simultáneamente a la sobrevaloración y a la subestima. ¿Por qué esa mezcla de admiración y simpatía y, al mismo tiempo, las dificultades para incluirse en el campo? Si el psicoanalista de adultos trata de ver la incidencia que todo niño tiene en el paciente adulto, ¿por qué el niño real, con plena libertad de sujeto, provoca tal ausentismo?

La dificultad consiste en ver al niño cara a cara, vivir y soportar su dependencia y su desamparo. Sabemos cuanta fuerza objetiva adquiere la destrucción del niño, cuando se le ve y se le escucha romper, ensuciar, blasfemar en relación a objetos que personifican sus fantasmas insoportables, en un contexto social que también lo aliena. Sabemos que esta alienación presenta dos modalidades extremas, inquietantes: una, la de la pura presencia del otro social: otra, de la falta absoluta de referentes, donde no hay para él derechos humanos, ni un cuerpo que no debe sufrir malos tratos, ni una palabra que valga. Ese complejo imaginario-real se modifica y enriquece constantemente (el actual no es igual al de Juanito), pero remite a los viejos mitos que la humanidad se crea, para lidiar con la vida, la muerte, los padres y el sexo.

Tal vez la identificación del analista de niños, con el niño haga que los haya más entre los analistas principiantes: cuando crecen se van. Este efecto imaginario creo que ha tenido un peso fuerte en la teoría y la práctica clínica con niños: en su historia hay menos teóricos, menos trabajos metapsicológicos, y mayor acento en la práctica-técnica. El cambio de las patologías de los que demandan hoy el saber psicoanalítico: trastornos narcisistas, psicosis, perversiones, trastornos psicosomáticos, nos obligan a plantearnos nuevos interrogantes sobre la propia praxis. ¿El Psicoanálisis produce efectos similares como en la neurosis? ¿Podemos mantener las tajantes diferencias entre neurosis, psicosis y perversión? La Clínica infantil nos pone en contacto con problemáticas variadas, en que unos trastornos de consideración y gravedad se presentan solos, hasta otros que se hallan asociados a problemáticas neuróticas o depresivas o psicosomáticas en el mismo paciente. Este amplio territorio, abarca por otra parte, trastornos de tipo espacial, de las distancias del propio cuerpo y referidos al otro, trastornos de coordinación fina, hasta los que se relacionan con la abstracción, la lecto escritura, a nivel del cálculo como campo muy disperso de fenómenos.

Me gustaría detenerme en las consecuencias que esta complejidad sintomal produce en los diagnósticos de problemas con el aprendizaje. Es frecuente que una oligotimía sea diagnosticada como psicosis y que este diagnóstico marque la vida de un niño. Se diagnostican como dislexias, discalculias, disgrafías, hiperkinesias en

muchos niños que construyeron un síntoma en el aprendizaje como problema de aprendizaje del orden de la inhibición cognitiva.

Conocer implica un movimiento hacia lo oculto. Considerar el aprendizaje como una actividad consciente y producto de la inteligencia, redundante en marginación, expulsión y culpabilización del que no aprende. De este modo se exige al sistema educativo y a la institución que enseña de interpelarse y ser interpelados en la producción y/o mantenimiento del fracaso en el aprendizaje. El saber es míticamente peligroso para todo ser humano, como lo señalan los mitos de origen ligados a dos cuestiones básicas, la peligrosidad del conocer las diferencias sexuales, con el origen de la humanidad.

Así en el Paraíso existe el árbol de la ciencia, de la sabiduría junto con la prohibición de conocer sus frutos. Cuando el ser humano la transgrede, conoce y pierde la inmortalidad, apareciendo el dolor como castigo, ante toda actividad productiva sea el engendrar hijos o el trabajo. Se paga el precio por perder la ilusión de completud, de la certeza imaginaria para conectarse con la carencia, con la pregunta, es decir con el aprendizaje. Esta es una manera de decir que se debe estar dispuesto a desestabilizar el narcisismo, tan esencial para sobrevivir al nacimiento, cubrir el desamparo inicial, que no sólo es biológico, sino también simbólico y que requiere de otro que lo sostenga en ambos sentidos. Es en la Introducción al Narcisismo que Freud nos alerta con respecto al hecho, de que el narcisismo infantil no es más que la prolongación del narcisismo de los padres, en otras palabras la relación del hijo con sus padres permite la aparición de un objeto de satisfacción, cuyo hundimiento, cuya desaparición, da origen al símbolo y al deseo.

La imaginación es subversiva. Existe una relación entre la queja del que enseña y el lugar del aburrimiento del que aprende. Actualmente formamos parte de una población que vive un momento de emburrecimiento, aborrecimiento, aburrimiento a través de los medios de comunicación y los sectores de poder. El exceso, la fragmentación, la exhibición de la información, tapa, evita, anula la posibilidad de conocer. Pero como psicoanalistas sabemos que esto, que a todos nos atañe, no es condición necesaria y suficiente para que un sujeto se aburra y no aprenda. Aprender es humanizarse, tal cual nos lo plantea Freud. Es en estas peripecias encarnadas donde el desear y el saber se anudan en la relación con el otro. Siempre estamos enfrentados a temas que transitan por nuestros límites, el no sentido que nos acosa desde lo que ignoramos de nosotros o de nuestros síntomas. Por ello imaginarizar, ilusionarse resulta un viejo bienestar.

Desde la pulsión de saber, Freud mostró la necesidad de investigación que surge con la sexualidad, más específicamente, entre los tres y los cinco años su actividad corresponde a una aprehensión sublimada y funciona como energía del placer de contemplación (pulsión escópica). Este deseo de saber es atraído y tal vez despertado en edad precoz por los problemas sexuales y accionado por los intereses prácticos del niño: a saber amenazar a sus condiciones de existencia

reducción o desaparición de los cuidados de la madre (significantes del deseo de la madre) o por el nacimiento de otro niño.

Surgen en esta época las teorías sexuales infantiles, conjunto imaginario a partir de las propias posibilidades sexuales del niño y que a pesar de sus notables errores, muestra más inteligencia que el cuento de la cigüeña, con el que se intenta ocultar su curiosidad. La curiosidad sexual que adquiere su energía de la pulsión escópica, transformada en deseo de saber, es un ejemplo claro de sublimación de la pulsión, que no excluye otras salidas. Así, en cuanto sublimación, ella tiene una importancia fundamental en el período de latencia, momento fundamental en el proceso educativo, que sigue a la disolución del complejo de Edipo y que impide la separación de la sexualidad perverso-polimorfa de la adulta, aunque la latencia dure muchos años.

Una vez que el deseo de saber se apoya en la pulsión escópica, que es sexual, no es extraño que la concentración en un trabajo produzca una excitación sexual. Aquí el saber es tomado en sentido literal, como en el sentido metafórico de comprender, sin olvidar el sentido bíblico de la palabra conocer. Freud enfatiza la importancia de la punción de dominio. Ella permite que nos apropiemos del problema, que lo amenicemos. Si destruir es prohibido, si no es permitido sentirlo, si la mano puede tocar sólo el propio cuerpo, como ocurre con Dora y el placer es autoerótico, se hace difícil utilizar un lápiz o dibujar trazos en un papel.

El yo de placer no es ciertamente un yo solipsista. El narcisismo se apoya en una estructura dual, en que alguien cree ser el ideal amado por el Otro, garante de verdades incuestionables. Cualquier otra significación será situada como ajena, bajo el signo de aquello que es odiado. Pensar es salir de ese mundo fascinante, pero también mortífero. La decepción narcisista, ligada a la crisis edípica, implica una ruptura con el ideal surgiendo un lugar en el plano del pensamiento, para dudar, cuestionar, aceptar pensamientos diferentes. En la clínica psicoanalítica con niños, nos deparamos cada vez con mayor frecuencia con diferentes patologías en relación al saber. Son verdades detenciones o trampas en el proceso de subjetivación de un sujeto. Muchos casos son detectados en la escuela: “este niño no se integra no sabe estudiar, está en la luna, se aburre, no presta atención”, o su contrario “este niño es perfecto, sabe todo”.

No podemos dejar de lado, sin preocupación, la presencia de trastornos cuyo lugar de anclaje es el cuerpo o las actuaciones peligrosas, que nos obligan a pensar que no hay progreso en nuestra praxis si no avanzamos en el conocimiento teórico, que los conceptos son herramientas para pensar y no mandatos a seguir, ni ídolos a sacralizar y que es imprescindible que se piense con otros analistas, y con la ayuda de los niños, de nuestros pequeños Hans, preservando una alianza que asimila el acceso a la verdad y el acceso a la cura, en el sentido psicoanalítico que es lícito dar a este término, como un bien que permite vivir.